

UN NUEVO ESTILO DE GUERRA

*T*odo soldado de caballería recordaba momentos como esos: el polvo arremolinado al paso de las mulas de carga, las cornetas del regimiento rasgando el aire, los bufidos de los caballos, el traqueteo de los arreos entre las filas de jinetes, y la vieja canción de la compañía resonando al viento: “¡Vuelve a casa, John! No tardes. ¡Vuelve a casa con tu amorcito!”.¹ Era el 3 de octubre de 1871. Seiscientos soldados y veinte exploradores tonkawa habían vivaqueado en un bello meandro del Clear Fork, un ramal del río Brazos, en una pradera ondulada y agreste, salpicada de robles enanos, salvia y matorral, a unos doscientos cincuenta kilómetros al oeste de la localidad tejana de Fort Worth. Al amanecer, tras levantar el campamento, reemprendieron la marcha formando una larga columna que serpenteaba entre los profundos ribazos y los arroyos cenagosos. Aunque en ese momento no lo sabían —la simple idea les habría parecido absurda—, el eco de las caballerías en aquella mañana de otoño señalaba el comienzo del fin de las llamadas Guerras Indias de Estados Unidos, una sangrienta contienda que venía librándose desde hacía dos siglos y medio, prácticamente desde que el primer barco europeo recalase por primera vez en las fatídicas costas de Virginia. Pero aún habría que esperar unos años para la derrota definitiva de la última de las tribus hostiles. Aún se necesitaría un poco más de tiempo para acorralarlas a todas; para destruir sus medios de subsistencia y que el hambre las obligase a rendirse; para dar con sus escondrijos en el fondo de los cañones, o para aniquilarlas sin más. Por el momento se trataba de una cuestión de voluntad pura y dura. Aunque ya se habían producido breves episodios de venganza y represalia oficiales —por ejemplo, las brutales matanzas de cheyennes perpetradas por J. M. Chivington y George Armstrong Custer en 1864 y 1868, respectivamente—, por

aquel entonces no existía un plan a gran escala para acabar con las tribus, ni el ánimo para acometerlo. Pero las cosas habían cambiado, y la nueva tesitura se materializó en la orden que aquel 3 de octubre se transmitió a gritos a lo largo de la cadena de mando hasta llegar a los soldados del Cuarto Regimiento de Caballería y del Undécimo de Infantería: ir en busca de los comanches y matarlos. Concluía así cualquier forma de tolerancia y daba comienzo la solución final.

Los hombres de raza blanca eran soldados de infantería, caballería y dragones, en su mayoría veteranos de la Guerra de Secesión, que ahora se encontraban transitando por los confines del universo conocido, iniciando la ascensión a las paredes almenadas de roca que daban paso al célebre Llano Estacado, el nombre con el que Vázquez de Coronado designó esa región del oeste de Tejas, habitada exclusivamente por los indios más hostiles del continente, y que pocos soldados estadounidenses habían hollado. El llano era un lugar de desolación extrema, un inmenso y monótono océano de hierba, sin caminos ni puntos de referencia, donde los rostros pálidos se desorientaban, se extraviaban y morían de sed; un lugar sobre el que en su día los soldados del imperio español habían marchado confiados a la caza de comanches, para terminar descubriendo que eran ellos los cazados y masacrados. En 1864, el coronel Kit Carson, que había partido de Santa Fe al frente de un nutrido contingente de soldados federales, atacó a una banda de comanches en un remoto establecimiento comercial llamado Adobe Walls, al norte de la actual ciudad de Amarillo. Carson vivió para contarlo, pero estuvo a punto de presenciar la aniquilación completa de sus tres compañías de caballería e infantería.²

Ese otoño de 1871, las tropas federales estaban de vuelta en la zona porque todo tenía un límite; porque la tan cacareada “política de paz” con los indios que quedaban vivos, encomendada por el presidente Grant a sus amables misioneros cuáqueros, había sido un fracaso estrepitoso en términos de pacificación; y, por último, porque el exasperado general en jefe del ejército, William Tecumseh Sherman, así lo había dictado. El azote escogido por Sherman era un héroe de guerra llamado Ranald Slidell Mackenzie, un joven difícil, arisco

e implacable que, tras graduarse en West Point como primero de la promoción de 1862, había terminado la Guerra de Secesión habilitado como general de brigada, un hecho de lo más insólito. Debido al horripilante aspecto de su mano derecha, desfigurada por una herida de guerra, los indios lo llamaban Jefe Sin Dedos, o Mano Mala. A Mackenzie le aguardaba un destino complejo. En cuestión de cuatro años se revelaría el combatiente más brutal y eficaz de cuantos lucharon contra los indios en toda la historia de Estados Unidos. Más o menos en el mismo espacio de tiempo, mientras el general George Armstrong Custer se hacía mundialmente famoso en materia de fracasos catastróficos, Mackenzie caía en un victorioso anonimato. Y, sin embargo, fue Mackenzie y no Custer quien enseñó al ejército estadounidense a combatir contra los indios. Mientras guiaba a sus tropas a través de aquellos parajes abruptos y surcados de arroyos, entre inmensas manadas de bisontes y colonias de perrillos de las praderas que se extendían hasta el horizonte, Mackenzie no tenía muy claro qué estaba haciendo, adónde se dirigía exactamente, ni cómo debía enfrentarse a los indios de las llanuras en su hábitat natural. Asimismo, tampoco sospechaba, ni por lo más remoto, que sería el máximo responsable de la derrota de la última de las tribus hostiles. El coronel carecía de experiencia en esa clase de guerra contra los indios, y a lo largo de las semanas siguientes cometió múltiples errores. Pero aprendería de ellos.

De momento, Mackenzie era un instrumento de represalia. Lo habían enviado a matar comanches en las Grandes Llanuras porque, seis años después del fin de la Guerra de Secesión, la frontera occidental era una herida abierta y sangrante, una ruina humeante sembrada de cadáveres y chimeneas calcinadas, un lugar donde la anarquía y los asesinatos con torturas habían sustituido al imperio de la ley, y donde los indios, y en especial los comanches, atacaban y saqueaban como y cuando les placía. Los Estados de la Unión habían ganado una guerra y ejercían sobre la América del Norte un dominio que, por primera vez en su historia, no les disputaba ningún enemigo extranjero; pero se veían incapaces de lidiar con el puñado de tribus indias que aún no habían sido exterminadas, asimiladas

u obligadas a retirarse sumisamente a unas reservas donde no tardaban en aprender el significado de la subyugación más abyecta y de la inanición. Todas las tribus hostiles habitaban en las Grandes Llanuras; todas montaban a caballo, estaban bien armadas y actuaban movidas por una mezcla de sed de venganza y desesperación política. Eran los comanches, los kiowas, los arapahoes, los cheyenes y los sioux occidentales. Para Mackenzie, en las llanuras del sur, los comanches eran el objetivo más lógico: en la historia de las ocupaciones española, francesa, mexicana, tejana y estadounidense de esos territorios, ninguna otra tribu había causado tantos estragos y muertes. Ni de lejos.

Un síntoma de la crítica situación que se vivía en 1871 a lo largo de esta estrecha orilla de la civilización era la enorme cantidad de colonos que habían abandonado sus tierras. La frontera que con tanta sangre, sudor y ahínco se había extendido hacia el oeste estaba a la sazón replegándose, cediendo el terreno conquistado. El coronel Randolph Marcy, que esa primavera había acompañado a Sherman en una gira por el oeste y conocía a fondo la región desde hacía décadas, se quedó horrorizado al descubrir que muchos lugares estaban menos poblados que dieciocho años antes. “Si no castigamos a los indios saqueadores”, escribió Marcy, “la región entera parece abocada a despoblarse por completo”.³ El fenómeno no era algo inaudito en la historia del Nuevo Mundo. En el siglo XVIII, los comanches también habían frenado en seco el avance hacia el norte del Imperio español (un imperio que hasta entonces no había tenido mayores dificultades en someter y asesinar a millones de indios en México, y cuyas tropas se movían a sus anchas por el continente). En la década de 1860, los comanches estaban repeliendo de nuevo los embates de la civilización y haciéndola retroceder después de más de un siglo de avance implacable hacia el oeste, solo que a una escala mucho mayor. Franjas enteras de los territorios fronterizos estaban quedando lisa y llanamente vacías, conforme sus pobladores reulaban hacia el este para asentarse en los bosques por motivos de seguridad. Un condado, Wise, vio reducirse su población de 3.160 habitantes en el año 1860 a 1.450 en 1870. En algunos sitios, la línea

de asentamientos retrocedió más de ciento cincuenta kilómetros.⁴ Si el general Sherman se preguntaba cuál era la causa —y en su día se lo había preguntado—, la gira con Marcy lo sacó de dudas. Esa primavera ellos mismos estuvieron a punto de morir asesinados a manos de una partida de indios en plena incursión de saqueo. Los indios, kiowas en su mayoría, pasaron de largo por el recelo supersticioso de un chamán, y en su lugar atacaron a la caravana de diligencias que marchaba a continuación. El episodio es un ejemplo típico de los feroces ataques de desquite que lanzaban los comanches y kiowas de Tejas en los años posteriores a la Guerra de Secesión. Lo que no era tan típico es la proximidad de Sherman y la personalísima sensación que tuvo el general de que él también podría haber sido una de las víctimas. A esa coincidencia debe su fama el asalto a la caravana, que pasó a la historia con el nombre de la Masacre de Salt Creek.⁵

Siete hombres murieron en el ataque, aunque la cifra no refleja ni por asomo el horror de lo que Mackenzie encontró en el lugar de los hechos. Según el capitán Robert G. Carter, un subordinado de Mackenzie que contempló en persona las consecuencias de la escabechina, las víctimas estaban desnudas, con la cabellera arrancada y mutiladas. A algunas las habían decapitado y a otras les habían vaciado los sesos. “Les habían cortado los dedos de pies y manos y las partes íntimas, y se los habían metido en la boca”, escribió Carter, “y los cadáveres, tendidos en un palmo de agua y tan abotargados y tumefactos que se hacía imposible identificarlos, parecían puercoespines de tantas flechas como tenían clavadas”. Saltaba a la vista que también los habían torturado. “Sobre cada uno de los abdómenes desnudos habían colocado un montón de carbones encendidos [...]. A un tal Samuel Elliott, que a todas luces había quedado malherido tras batirse con bravura hasta el último momento, lo encontraron encadenado entre dos ruedas de una diligencia y ‘achicharrado como una pavesa’: los indios habían encendido un fuego en el eje y el pobre desdichado se abrasó lentamente hasta morir”.⁶

De ahí la huida precipitada de los colonos hacia el este, sobre todo los de la frontera de Tejas, donde el problema de las incursiones

indias era más acusado. Después de tantas guerras triunfales de conquista y dominio, parecía imposible que el fulgurante avance hacia el oeste de la civilización europea pudiese estancarse en las praderas del centro de Tejas. Hasta entonces, ninguna tribu había sido capaz de resistir mucho tiempo el empuje de la naciente civilización estadounidense, con sus trabucos, arcabuces, mosquetes y, más adelante, mortíferas armas de repetición, sus reservas inagotables de colonos entusiastas y ávidos de tierras, su elegante dualidad moral, y su indiferencia olímpica hacia los intereses de los nativos. En un proceso que se inició con el sometimiento de las tribus atlánticas —pequot, penobscot, pamunkey, wampanoag, etcétera—, cientos de tribus y comunidades se vieron ora exterminadas, ora empujadas hacia los territorios occidentales, o asimiladas a la fuerza. Entre ellas destacaban la enorme y belicosa confederación iroquesa, que imperaba en lo que hoy es el estado de Nueva York, y los poderosos delawarees, que se vieron desplazados al oeste, hacia los territorios de sus rivales; los iroqueses también hubieron de trasladarse al oeste y vérselas con sus enemigos de las llanuras, aún más encarnizados. Los shawnees de Ohio habían emprendido un último ataque a la desesperada en la década de 1750. Las grandes naciones indias del sur de América del Norte —los chikasaw, los cheroquis, los seminolas, los creek y los choctaw—, tras ver expropiadas sus reservas pese a toda una serie de tratados, fueron conminadas a retirarse hacia el oeste para asentarse en territorios que se les concedieron en virtud de nuevos tratados que antes incluso de firmarse ya se habían vulnerado, y tuvieron que recorrer la tristemente célebre “senda de las lágrimas” hasta el llamado “territorio indio” —el actual estado de Oklahoma—, una región controlada por comanches, kiowas, arapahoes y cheyennes.

Más extraña si cabe era la coexistencia del éxito espectacular de los comanches con la extraordinaria oleada de cambios sociales y tecnológicos que a la sazón tenían lugar en el oeste del país. En 1869 se completó el tendido del primer ferrocarril transcontinental, que conectó el Este, ya industrializado, con el Oeste, aún en vías de desarrollo, con lo cual los viejos caminos —el de Oregón, el de Santa Fe, y sus ramificaciones— quedaron obsoletos en el acto. Con

el ferrocarril llegaron los rebaños de ganado vacuno que los tejanos conducían en marchas colosales hacia el norte, rumbo a las cabecezas de línea, y que podían reportarles una fortuna en los mercados de Chicago. Con el ferrocarril llegaron también los cazadores de bisontes, unos oportunistas huraños y violentos que, armados con sus mortíferos rifles Sharps de calibre 50 –12,7 milímetros–, un arma de gran precisión capaz de matar a gran distancia, se vieron de pronto favorecidos por partida doble: además de un mercado para las pieles de bisonte en el Este, ahora disponían también de un medio de transporte para llevarlas hasta allí. En 1871, los bisontes aún pastaban libres en las praderas. A principios de ese año se había avistado una manada de cuatro millones de ejemplares cerca del río Arkansas, en el sur del actual estado de Kansas. El grupo principal medía setenta y cinco kilómetros de largo y veinticinco de ancho.⁷ Pero la masacre ya había comenzado, y no tardaría en convertirse en la mayor destrucción masiva de animales de sangre caliente de la historia humana. Entre 1868 y 1881, solo en Kansas, se vendieron como fertilizante los huesos de treinta y un millones de bisontes.⁸ Todos estos cambios tan profundos se sucedían mientras los soldados de Mackenzie levantaban el campamento de Clear Fork. La nación estaba en auge, y por fin existía una vía férrea que la aglutinaba. El único obstáculo que quedaba eran las belicosas y refractarias tribus indias que habitaban las inmensas extensiones de las Grandes Llanuras.

De estas, la más remota, primitiva e irremediabilmente hostil era una banda de comanches conocida como los quahadi. Como todos los indios de las praderas, los quahadi eran nómadas. Cazaban fundamentalmente en los territorios más meridionales de las llanuras, una región a la que los españoles, antes de verse expulsados miserablemente de allí, dieron el nombre de Comanchería. El Llano Estacado, situado dentro de la Comanchería, era una altiplanicie más extensa que Nueva Inglaterra que, en su punto más alto, alcanzaba los mil quinientos metros. Para los europeos, el lugar semejaba una alucinación de pesadilla. “Aunque caminé por ellos más de trescientas leguas”, escribió Coronado al rey de España en una carta del 20 de octubre de 1541, “[los llanos son] tan sin seña como si estuviéran-

mos engolfados en la mar [...] no hay piedra, ni cuesta, ni árbol, ni mata, ni nada que se le parezca”.⁹ El río Canadian, llamado Buena-ventura o Magdalena por los exploradores españoles, constituía el límite septentrional. Al este se levantaba la escarpadura de Caprock, una pared vertical de origen pérmico y de entre treinta y trescientos metros de altura que señala el límite entre las llanuras altas y las bajas, y que brindaba a los quahadi una especie de fortaleza gigantesca casi inexpugnable. A diferencia de casi todas las demás bandas tribales de las llanuras, los quahadi siempre habían evitado todo contacto con los anglosajones, con los cuales, por principio, ni siquiera comerciaban, pues preferían hacerlo con los llamados comancheros, nombre que recibían los tratantes mexicanos de Santa Fe. Los quahadi eran tan esquivos que, en las numerosas etnografías indias que empiezan a compilarse en 1758 y que registran las diversas bandas de comanches —había hasta trece distintas—, no se los menciona hasta 1872.¹⁰ Por este motivo se libraron de las plagas de cólera que en 1816 y 1849 hicieron estragos en las tribus del oeste y acabaron con la mitad de todos los comanches. Los quahadi fueron los únicos indios norteamericanos que jamás firmaron un tratado. Eran la facción más aguerrida, feroz e intransigente de una tribu que, desde hacía mucho tiempo, tenía fama de ser la más violenta y belicosa de todo el continente; cuando se quedaban sin agua se bebían el contenido del estómago de los caballos muertos, algo que no se atrevería a hacer ni el más bragado de los *rangers* de Tejas. De todas las bandas de las llanuras, los quahadi eran la más rica en caballos, la unidad de medida de la riqueza entre los indios: en los años posteriores a la Guerra de Secesión lograron juntar cerca de quince mil cabezas. Además, poseían “una cantidad innumerable de reses tejanas”.¹¹

Aquella mañana despejada de otoño de 1871, los soldados de Mackenzie andaban a la caza de quahadis. Al tratarse de una banda nómada resultaba imposible localizar su posición exacta. Solo se conocía aproximadamente la región por la que deambulaban, sus terrenos de caza y, tal vez, la ubicación de algún antiguo campamento. Se sabía que cazaban en el Llano Estacado; que les gustaba acampar en las profundidades del Cañón de Palo Duro, el segundo más

grande de América del Norte detrás del Gran Cañón del Colorado; y que frecuentaban las inmediaciones de las cabeceras del río Pease y del arroyo McClellan, y el Cañón Blanco, todo ello en un radio de unos ciento cincuenta kilómetros de distancia desde la actual Amarillo, en el norte de Tejas. Cuando se trataba de perseguirlos, como estaba haciendo Mackenzie, se enviaba muy por delante de la columna principal a los exploradores tonkawa. Los tonks, como se les conocía habitualmente, eran miembros de una tribu india que de vez en cuando practicaba el canibalismo y que había sido prácticamente exterminada por los comanches. Sus supervivientes, que estaban sedientos de venganza, buscaban indicios, trataban de encontrar rastros y, en última instancia, seguían esos rastros hasta los poblados. Sin su concurso, el ejército estadounidense jamás habría tenido la menor posibilidad de derrotar a los comanches ni a cualquier otra tribu india de las llanuras.

Al atardecer del segundo día, los tonks encontraron un sendero e informaron a Mackenzie de que estaban siguiendo a una banda de quahadis cuyo cabecilla era un joven y brillante jefe llamado Quannah, una palabra comanche que significaba “aroma” o “fragancia”. La idea era encontrar y destruir el poblado de Quannah. Mackenzie contaba con cierta ventaja por cuanto ningún hombre blanco había osado jamás intentar algo así; no en las llanuras del extremo septentrional de Tejas, y no contra los quahadis.

Mackenzie y sus hombres no sabían gran cosa de Quannah. Ni ellos ni nadie. Aunque en la frontera circulaba un cierto volumen de información —los bandos adversarios, pese a las enormes distancias físicas que los separaban y al hecho de que estaban tratando de matarse, solían poseer un conocimiento mutuo sorprendente por lo detallado—, Quannah era simplemente demasiado joven para que nadie supiese mucho de él; ni de su paradero ni de sus correrías. Aunque pasarían muchos años hasta que alguien fuese capaz de calcular, siquiera aproximadamente, la fecha de su nacimiento, lo más probable es que hubiese venido al mundo en 1848, con lo cual por aquel entonces contaría veintitrés abriles, o sea, ocho menos que Mackenzie, quien también era tan joven que en Tejas poca gente,

tanto indios como blancos, sabía a la sazón gran cosa de él. Ninguno de los dos se hizo famoso hasta las últimas y brutales Guerras Indias de mediados de la década de 1870. Quanah era extraordinariamente joven para ser jefe y tenía fama de astuto, despiadado y audaz en el combate.

Pero Quanah era algo más. Era un mestizo, el hijo de un jefe comanche y de una mujer blanca. Los habitantes de la frontera tejana no tardarían en enterarse de ese dato, en parte por su carácter excepcional. Los guerreros comanches llevaban siglos capturando hembras —indias, francesas, españolas, mexicanas y estadounidenses— y haciéndoles hijos a los que luego criaban como comanches. Pero no hay constancia de ningún mestizo de comanche y blanca que llegase a jefe guerrero. En 1871, la época en que Mackenzie andaba a la caza de Quanah, la madre del joven guerrero ya era sobradamente conocida desde hacía mucho tiempo. Era la más célebre de todas las cautivas blancas de entonces, y en los salones de Nueva York y Londres se la conocía como “la *squaw* blanca” porque se había negado a volver con los de su raza en repetidas ocasiones, poniendo así en tela de juicio uno de los supuestos eurocéntricos fundamentales acerca de los indios, a saber: que pudiendo escoger entre la cultura cristiana, industrializada y refinada de los europeos y las costumbres salvajes, sanguinarias y moralmente atrasadas de los indios, nadie en su sano juicio se decantaría por las segundas. De hecho, aparte de la madre de Quanah, eran pocos los que las elegían. La mujer se llamaba Cynthia Ann Parker. Había nacido en el seno de una de las familias más ilustres del incipiente estado de Tejas, entre cuyos miembros figuraban capitanes de los *rangers*, políticos y los renombrados baptistas que fundaron la primera iglesia protestante del estado. En 1836, a los nueve años de edad, Cynthia Ann fue raptada por unos comanches en el fuerte Parker, a ciento cuarenta kilómetros al sur de la actual Dallas. La cautiva no tardó en olvidar su lengua materna, asimiló las costumbres indias y se convirtió en miembro de pleno de derecho de la tribu, hasta el punto de que se casó con Peta Nocona, un destacado jefe, con el que tuvo tres hijos, el mayor de los cuales era Quanah. En 1860, cuando su primogénito

tenía doce años, Cynthia Ann fue capturada por los *rangers* durante un ataque a su poblado en el que murieron asesinados todos los comanches menos ella y su hija, Flor de la Pradera. Lo más probable es que Mackenzie y sus soldados conociesen la historia de “la *squaw* blanca” —como casi todo el mundo en la frontera—, pero no tenían ni idea de que Quannah fuese sangre de su sangre, y no se enterarían hasta 1875. Por el momento, lo único que sabían es que el joven jefe era el objetivo de la mayor expedición que se había organizado contra los indios desde 1865, y una de las mayores de la historia.

Bajo el mando de Mackenzie, el Cuarto Regimiento de Caballería no tardó en convertirse en una fuerza de asalto móvil de implacable eficacia, pero de momento seguía compuesto por oportunistas que no estaban preparados para hacer frente a contrincantes como Quannah y sus curtidos guerreros de las llanuras. Los soldados estaban operando mucho más allá de los límites de la civilización, lejos de cualquier sendero que pudiesen seguir o de cualquier punto de referencia que pudiese orientarlos. Habían descubierto, consternados, que sus principales puntos de aguada eran revolcaderos de bisontes donde, según Carter, “el líquido elemento, estancado y caliente, resultaba apestoso y nauseabundo, y estaba recubierto de un verdín viscoso que había que retirar antes de llevárselo a la boca”.¹² La inexperiencia de la tropa se puso de manifiesto en la primera noche de la expedición. Alrededor de la medianoche, sobre el estruendoso fondo sonoro de una tormenta típica del oeste de Tejas, los soldados oyeron “un tremendo pisoteo y un fragor inconfundible de bufidos y mugidos”.¹³ El estruendo, como no tardaron en descubrir, se debía a una estampida de bisontes. Los hombres de Mackenzie habían cometido el terrible error de asentar los reales entre una enorme manada de bisontes y su abrevadero. Presos del pánico, salieron de las tiendas a oscuras, gritando y agitando las mantas desesperadamente para intentar desviar a los bisontes en desbandada. Lo lograron, pero por un estrechísimo margen. “Las inmensas manadas de monstruos pardos”, escribió Carter, “viraron y pasaron a nuestra izquierda, corriendo a velocidad de vértigo y entre empellones, pero rozando apenas el borde de una de nuestras yeguas [...] Daban escalofríos

de imaginar los posibles resultados de aquella visita nocturna, pues si bien es verdad que teníamos los caballos fuertemente atados con lazos o amarrados a estacas y árboles, nada podría haberles salvado del terror que semejante embestida inevitablemente habría sembrado, de no ser porque la oímos aproximarse justo a tiempo de desviar a los rebaños que la encabezaban”.¹⁴

Tras salvarse de milagro de las consecuencias de su propia ignorancia, los casacas azules reunieron los caballos descarriados, alzaron los reales al amanecer y pasaron el día siguiente cabalgando hacia el oeste por una extensión ondulada y tachonada de mezquites y colonias de perrillos de la pradera. Estas últimas, habituales en la franja septentrional de Tejas, representaban un peligro enorme para los caballos y las mulas: imagínese el lector una serie de hormigueros gigantescos poblados por roedores de gran tamaño, que se extendían por kilómetros y kilómetros. Los jinetes dejaron atrás más manadas de bisontes, inmensas y acres, vadearon ríos cuyas aguas cargadas de yeso resultaban imposibles de beber, y pasaron por curiosos establecimientos comerciales, ya abandonados, que consistían en unas cuevas excavadas en las paredes de los barrancos y reforzadas con postes que parecían los barrotes de una celda.

El segundo día sufrieron nuevos percances. Mackenzie ordenó una marcha nocturna con la esperanza de sorprender al enemigo en sus campamentos. Sus hombres avanzaban trabajosamente por terrenos escabrosos, matorrales espesos, barrancos y torrenteras. Al cabo de varias horas de lo que Carter describió como “penas y desventuras, y mucha queja subida de tono y rayana en la blasfemia”, entreveradas de “numerosas escenas bastante cómicas”, los soldados fueron a parar, maltrechos y magullados, al fondo de un pequeño cañón cortado, donde hubieron de esperar a que amaneciese para encontrar una salida. Unas pocas horas después llegaron a la confluencia del río Brazos y el Freshwater, uno de sus ramales, situada en lo más profundo del territorio indio, dentro de un amplio aunque somero valle de unos cincuenta kilómetros de largo por unos quinientos metros de ancho, y atravesado por pequeños cañones laterales. El lugar, conocido como Cañón Blanco y situado justo al

este de la actual Lubbock, era uno de los emplazamientos favoritos de los quahadis.

La sorpresa que Mackenzie planeaba dar a los comanches, fuese cual fuese, se había esfumado. Al tercer día de marcha, los exploradores tonkawa se dieron cuenta de que los seguía de cerca un cuarteto de guerreros comanches que habían estado observando todos y cada uno de sus movimientos, incluidos, es de suponer, los desatinos de la marcha nocturna, que debían de haberles parecido de lo más cómico. Los tonks fueron tras ellos, pero “los enemigos, dotados de mejores caballerías, no tardaron en distanciarse de sus perseguidores y desaparecer en las colinas”. El hecho no tenía nada de sorprendente: en los doscientos años que duraba ya su enemistad, los tonkawas jamás se habían acercado a los comanches en materia de destreza ecuestre: siempre salían perdiendo. Así pues, mientras que ni los soldados de caballería ni los dragones tenían ni idea de dónde estaban acampados los comanches, Quanah sabía exactamente dónde estaba Mackenzie y qué hacía. Esa noche, el general empeoró las cosas al permitir que sus hombres se diesen el lujo de encender hogueras, lo que equivalía a pintar en el cañón una flecha enorme que apuntase a su campamento. Algunas de las compañías volvieron a meter la pata al no emplazar grupos de vigilancia entre los caballos.

Alrededor de la medianoche, el regimiento se despertó al oír una serie de agudos alaridos sobrenaturales. A continuación se oyeron disparos, más gritos y, en un abrir y cerrar de ojos, el campamento se convirtió en un hervidero de comanches al galope. El plan de los indios no tardó en hacerse evidente: entremezclado con los chillidos, los disparos y el alboroto general del campamento se percibía otro sonido, casi inaudible en un primer momento, pero que fue aumentando rápidamente hasta convertirse en un estrépito atronador. Los soldados enseguida se dieron cuenta, horrorizados, de cuál era el origen del ruido: una estampida de caballos. De sus caballos. Entre gritos de “¡jinetes a sus monturas!”, seiscientos caballos, presos del pánico, irrumpieron en el campamento en desbandada, encabritándose, saltando y cargando a toda velocidad. Los lazos y ronzales se rompían restallando como disparos de pistola; las estacas de hie-

rro, que escasos minutos antes servían para sujetar a las caballerías, giraban y se entrechocaban como sables voladores alrededor de los cuellos de los brutos. Los soldados trataban de agarrarlas, pero caían al suelo y se veían arrastrados entre los caballos, con las manos laceradas y manando sangre.

Cuanto todo hubo terminado, los soldados descubrieron que Quanah y sus guerreros se habían llevado setenta de sus mejores caballos y mulas, entre ellos el magnífico corcel tordo de Mackenzie. En la Tejas occidental de 1871, dejar a alguien sin caballo equivalía a condenarlo a muerte. Los indios, sobre todo los de las altas llanuras, acostumbraban desde muy antiguo a robarles los caballos a los blancos y dejarlos morir de hambre o sed. A comienzos del siglo XVIII, los comanches ya habían utilizado esa táctica contra los españoles, con mortíferos resultados. Sea como fuere, un soldado sin montura lo tenía bastante difícil frente a un comanche a caballo.

Esa incursión de medianoche fue la tarjeta de visita de Quanah Parker, un mensaje inequívoco de que la tarea de darles caza a él y a sus guerreros comanches en su propio territorio iba a ser ardua y peligrosa. Fue así como comenzó lo que pasaría a la historia como la Batalla del Cañón Blanco, que a su vez representaría el primer aldabonazo de la guerra sangrienta que durante cuatro años se libraría en las altiplanicies del oeste de Tejas y que se saldaría con la destrucción definitiva de la nación comanche. La Batalla del Cañón Blanco también iba a brindar al ejército estadounidense la primera oportunidad de ver a Quanah en persona. El capitán Carter, que obtendría la Medalla de Honor del Congreso —la máxima condecoración entregada en las fuerzas armadas estadounidenses— por el valor demostrado en el Cañón Blanco, describió en los siguientes términos el aspecto y proceder del joven jefe guerrero en la batalla que tuvo lugar al día siguiente de la estampida nocturna:

Dirigía la cuadrilla un jefe fornido y corpulento a lomos de un caballo negro como el carbón. Inclinado sobre las crines fusil en ristre, y espoleando nerviosamente los flancos de la bestia, parecía la encarnación de una alegría salvaje y brutal. Llevaba

el rostro embadurnado con pinturas de guerra de color negro que conferirían a sus facciones un aspecto demoníaco [...] Un largo tocado de plumas de águila, que, bajándole desde la frente, le cubría la cabeza y la espalda y llegaba hasta la cola de su caballo, se desplegaba al aire mientras cabalgaba, y al detenerse casi barría el suelo. Colgaban de sus orejas unos grandes aros de latón; iba desnudo hasta la cintura, vestido únicamente con polainas, mocasines y un taparrabos. Llevaba un collar de garras de oso [...] Unas campanillas tintineaban cuando galopaba a toda velocidad, seguido de sus principales guerreros, ansiosos todos ellos por rebasarlo. Era Quanah, caudillo supremo de los Qua-ha-das.¹⁵

Momentos después, Quanah viró su caballo en dirección a un desdichado soldado raso llamado Seander Gregg y, bajo la atenta mirada de Carter y sus hombres, le voló los sesos.